



¿Existe el eje Castro – Chavez – Morales – Humala?

Farid Kahhat

Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la PUCP

Febrero, 2006

Síntesis: Se ha esbozado una teoría según la cual habría un eje geopolítico conformado por los presidentes Castro, Chávez y Morales, y el candidato presidencial peruano Humala. Sin embargo, si observamos bien la realidad de cada uno de los países involucrados, veremos que son liderazgos muy distintos y que se asientan sobre realidades diferentes. Aunque es probable que esos gobiernos busquen apoyo entre sí, y que un posible punto en común sea la oposición a Estados Unidos, no se puede concluir que Morales y Humala sean subalternos de Castro y Chávez.

De un tiempo a esta parte pareciera que los delirios de omnipotencia de Hugo Chávez están siendo compartidos por sus más fervientes detractores. Si damos crédito a la versión de cierta prensa, Chávez tiene comiendo de su mano a Néstor Kirchner a través de la compra de bonos del tesoro del Estado argentino. Mantiene bajo su férula a Evo Morales a través de la “exportación” de las “Misiones” venezolanas y eventuales inversiones de la compañía estatal de petróleo de Venezuela. Y el súbito estrellato político de Ollanta Humala en nuestro país se debería a su providencial espaldarazo. Todo ello con el beneplácito de la eminencia gris tras el trono, el inefable Fidel Castro.

Las teorías conspirativas suelen ser persuasivas para aquellos que prefieren evadir toda pregunta sobre su responsabilidad en propiciar los hechos que cuestionan. Pero la presunción de que existiría un eje siniestro conformado por Castro, Chávez, Morales y Humala para apoderarse del rumbo político de la región es en realidad una grotesca exageración.

En primer lugar, porque cada uno de esos liderazgos políticos obedece en lo esencial a condiciones propias de sus respectivos países, y no a una siniestra conspiración internacional. En segundo lugar, porque esas condiciones no son las mismas en cada uno de esos países. Coincido con quienes sostienen que allí donde el Ejecutivo controla todos los poderes del Estado, y emplea recursos públicos para acosar a sus opositores (es decir, en Venezuela), estamos en presencia de un régimen de innegable impronta autoritaria. Pero no reconocer que aún bajo esas circunstancias existen elecciones relativamente competitivas, partidos de oposición, y una prensa independiente, implica ignorar una diferencia fundamental con el régimen cubano: que, a diferencia de Cuba, en Venezuela aún existen espacios para ejercer una oposición política desde el ámbito de la legalidad vigente. Pero para opositores como Pedro Carmona, cuya orfandad de apoyo popular los impulsó a buscar la vía expeditiva de un golpe de Estado, es preferible negar esos hechos.

En el caso de Evo Morales, algunas de sus declaraciones públicas (como denostar el carácter “decadente” de la “civilización del hombre blanco”, por oposición a las bondades sin mácula de la cosmovisión andina), son francamente deplorables. Y no es imposible que su gobierno en Bolivia termine por dar la razón a los agoreros que presagian vientos borrascosos en el horizonte. Pero Evo Morales no cuenta con los recursos económicos o políticos a los que apeló Chávez para consolidar su poder en Venezuela. En el plano político, por ejemplo, no controla la mayoría de los gobiernos regionales del país, y probablemente no cuenta con una mayoría obsecuente en el Congreso, no tanto porque su partido no tenga suficientes congresistas, sino porque el Movimiento al Socialismo (MAS) es producto de la confluencia entre diversos actores sociales que mantienen márgenes de



autonomía significativos. Más allá de algunas declaraciones estentóreas, la reciente gira de Evo Morales sugiere que él comprende las restricciones que el entorno impone a su acción política. Por ejemplo, en vez de propiciar la expropiación de las empresas transnacionales afincadas en los yacimientos de gas del país (como propuso inicialmente), su gobierno parece abocado a buscar una renegociación de los términos de su presencia en Bolivia. Y ello en parte porque la expropiación de empresas que han realizado inversiones por cerca de 3,500 millones de dólares es virtualmente imposible en un país cuyo producto anual no llega a los 10,000 millones de dólares.

De otro lado está Ollanta Humala, quien, de llegar al gobierno, no sólo carecería del petróleo que le ha permitido a Hugo Chávez llevar a cabo algunos de sus proyectos más ambiciosos. A diferencia de Evo Morales, también carece de una trayectoria política, un partido digno de ese nombre, y una plataforma electoral que, buena o mala, sea al menos conocida por los actores sociales y políticos con la debida antelación. En materia de política exterior, el gobierno de Evo Morales buscará una mayor autonomía de decisión frente a los Estados Unidos, pero ése sería un objetivo compartido por los gobiernos de orientación socialdemócrata del Cono Sur. A diferencia de estos últimos, sin embargo, cabe esperar del gobierno de Morales la adopción de políticas que lo podrían colocar además en rumbo de colisión con los Estados Unidos (el caso más obvio es el de su actitud frente a los cultivos de coca). Bajo esas circunstancias, es probable que Morales busque el apoyo de regímenes que, como el cubano y el venezolano, procesan sus propios conflictos con el gobierno estadounidense. Pero de allí a concluir que Morales no puede ser sino un subalterno de Castro y Chávez supone el riesgo de convertir esa previsión en una profecía auto cumplida.